

PABLO QUINTANILLA, editor

ENSAYOS DE METAFILOSOFÍA

Capítulo 5



**FONDO
EDITORIAL**

Ensayos de Metafilosofía

© Pablo Quintanilla, editor

Primera edición, marzo de 2009

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (511) 626-2650

Fax: (511) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN: 978-9972-42-884-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-03068

Impreso en el Perú — Printed in Peru

Comentario a Silvia Faustino

Victor J. Krebs

Pontificia Universidad Católica del Perú

1. Preludio. La importancia del texto «Filosofía»

El texto sobre el que se ha concentrado Silvia Faustino, a pesar de estar armado de reflexiones en su mayor parte de la década de 1930 —es decir, de lo que se considera el período intermedio o transicional de Wittgenstein—, nos ofrece una visión bastante completa de su concepción madura de la filosofía. Hay literalmente párrafos enteros recopilados en este escrito que luego serán diseminados por las *Investigaciones filosóficas* y otros textos posteriores. Se podría decir que su importancia radica en que da pie a ciertas precisiones, como las que desarrolla Faustino, que a mi parecer nos permiten darle un sentido más completo al carácter *terapéutico* de los textos wittgensteinianos del que se le da en las lecturas convencionales de su pensamiento. Me refiero específicamente a aquellas interpretaciones que proponen que la filosofía de Wittgenstein nos presenta una metodología de análisis lingüístico capaz de liberarnos de nuestra confusión conceptual, pero que prescinden de lo que a mi parecer es lo más importante en la filosofía de Wittgenstein, a saber, la preocupación ética, espiritual o existencial que la informa¹. Las observaciones de Faustino sugieren, a mi parecer, que lo que se ha llamado la «terapia conceptual» de Wittgenstein, aludiendo a una característica de sus métodos que él mismo denomina terapéutica, pretende no solo claridad lógica acerca de la forma como funciona nuestro lenguaje, sino que apuesta por una transformación total del individuo. En lo que sigue quisiera mostrar cómo es que la lectura que nos ofrece Faustino hace posible avizorar esa profundidad en la terapia

¹ Wittgenstein a veces la califica incluso como religiosa, como cuando le confiesa a su amigo O'Drury que no puede «dejar de ver todos los problemas desde una perspectiva religiosa».

wittgensteiniana, a pesar de caer por momentos en su exposición precisamente en la posición convencional que su lectura nos permitiría superar.

2. La tensión

El objetivo de esta ponencia, nos dice Faustino, consiste en resolver la tensión entre dos afirmaciones que hace Wittgenstein sobre la filosofía. Mientras que de un lado él declara que la filosofía «deja todo como está», por otro insiste en que la filosofía exige «una *Umstellung* —mudanza, inversión, reorganización, reorientación— de punto de vista». Faustino se propone mostrar la forma en que la actividad descriptiva (en oposición a la explicativa o teórica) que Wittgenstein le adscribe a la filosofía logra resolver o cuando menos aliviar esta tensión.

Ahora bien, es importante ver qué es lo que está en juego tras esta tensión. La misma tensión parece reaparecer, por ejemplo, cuando Wittgenstein anuncia al principio de su texto que la filosofía no le exige ninguna renuncia, pues no se abstiene de decir nada, pero por otro lado afirma que al mismo tiempo le enseña a «prescindir de una combinación de palabras como carente de sentido»². Es decir, la filosofía nos deja decir lo que queremos (y así «deja todo como está»), pero también nos hace prescindir de aquellas palabras que queremos decir pero que carecen de sentido. Esto último pareciera efectivamente implicar un cambio que, por lo tanto, no dejaría ya las cosas como están.

Uno podría tratar de resolver o descartar esta tensión insistiendo que, en un sentido, esto no es ningún cambio. Pues si lo que quiero decir no significa nada, entonces en realidad no renuncio a nada, y por lo tanto nada cambia. La tensión desaparecería, en otras palabras, en la medida en que separemos y privilegiemos «el mundo de los hechos» sobre *la forma como veo el mundo*. No cambia nada si no cambia el mundo, aunque cambie todo en mí, en cómo lo veo³.

Pero es precisamente cuando nos resistimos a esta separación (entre el mundo de los hechos y la forma como veo el mundo) que se hace problemática la tensión a la que alude Faustino. Aunque aquello a lo que renuncio no signifique ninguna pérdida en el ámbito cognitivo, es sin embargo una pérdida y un cambio en aquello con lo que me encuentro *afectivamente* comprometido⁴. La renuncia que me exige

² Cf. Wittgenstein, Ludwig, «Filosofía», §86.

³ El ánimo es el mismo en el que podríamos decir del niño que debe renunciar a su creencia en Papa Noel, pero que al dejar de creer en él no está renunciando, realmente, a nada

⁴ El mundo entero del niño cambiará, aunque los hechos continúen siendo los mismos y siga recibiendo regalos en navidad, etc.

la filosofía, como Wittgenstein mismo lo dice, es una renuncia del sentimiento, no del intelecto. Pero es precisamente esta renuncia —Wittgenstein ahora afirma sorprendentemente— lo que constituye el más grande e importante reto para el filósofo.

Entonces quisiera decir que a lo que apunta la tensión con la que empieza Faustino es a un cambio en la agenda filosófica en Wittgenstein. El trabajo en filosofía se convierte así, como él mismo lo pone, en un trabajo sobre uno mismo. Sobre la propia concepción, sobre como uno ve las cosas y lo que se espera de ellas⁵.

Faustino califica acertadamente, entonces, a la afirmación de Wittgenstein (de que la dificultad a ser superada por la filosofía no es la dificultad intelectual de las ciencias ni una dificultad del entendimiento, sino una dificultad de la voluntad) como la afirmación de mayor impacto en este texto. Dicha afirmación, en otras palabras, consiste en sostener que la dificultad de la filosofía reside no en un problema resoluble por argumentos o razones, sino en la resistencia que tiene la gente a superar su apego a un cierto modo de ver las cosas. Es como si Wittgenstein estuviese abogando por un cambio en nuestro interés, diciéndonos que el ámbito que le interesa o debería interesar a la filosofía es el de nuestra percepción de la realidad, donde, en la labor del filósofo, el razonamiento teórico sería secundario a la consideración del sentimiento y la voluntad⁶ en su relación con el mundo.

3. Problemas de la voluntad

Faustino considera que la actividad descriptiva que Wittgenstein famosamente le adjudica a la filosofía es metodológicamente la más adecuada para mantener en balance el deseo que la filosofía deje todo como está, así como la necesidad de que propicie un cambio en perspectiva o actitud. Y es que en la descripción, lo que busca el filósofo

⁵ Cf. Wittgenstein, Ludwig, «Filosofía», §86

⁶ Este punto parecería marcar la separación entre el autor del *Tractatus* que inspiró al Positivismo Lógico de principios del siglo XX; este terminaba considerando todo lo que no tenía que ver con la sensibilidad (la voluntad) como extraño a la labor científica de la filosofía. Empero, el mismo Wittgenstein hizo explícito en su respuesta al Círculo de Viena que el *Tractatus* no pretendía desechar lo que le pertenecía al ámbito ético y a la voluntad; más bien quería protegerlo de las pretensiones científicas, al igual que Kant, cuando afirmaba haberse dedicado a delimitar la razón para dejar lugar para la fe. Lo interesante es que en el *Tractatus* encontramos ya indicios de este mismo ánimo filosófico, cuando nos dice por ejemplo que el mundo no cambia sino desde sus márgenes u orillas, y que el mundo del hombre feliz es diferente al del hombre infeliz. No se trata de un cambio de hechos, sino de actitud o postura ante el mundo: no respecto a lo que entendemos (o constituimos en nuestra percepción a través del intelecto) sino con respecto a lo que queremos ver (entender, percibir, etc.), como lo reformula Wittgenstein en este texto de 1933.

es presentarnos con, o enfrentarnos a, una forma de ver distinta a la que estamos acostumbrados. Primero, *aflojando* nuestras palabras de sus relaciones habituales y propiciando la visión de nuevas relaciones para permitirnos ver dónde el lenguaje, en lugar de ayudarnos a expresar lo que queremos decir, más bien nos adormece o nos equivoca. Dicho de otra forma, ver dónde nuestra voluntad y nuestros sentimientos se interponen a nuestra claridad. El propósito del filósofo, en otras palabras, es describir las cosas de tal manera que se haga evidente nuestra propensión a ver de una sola manera, y más que nada, a ser engañados por ciertas formas sedimentadas del lenguaje. Su propósito, podríamos decirlo, es un despertar constante de parte nuestra, así como una alerta permanente acerca de los peligros de nuestra vida en el lenguaje.

Aquí Faustino hace una muy útil distinción entre dos sentidos o niveles en los que se manifiestan los problemas de la voluntad relevantes para la filosofía y que nos permite profundizar en esos peligros de los que nos previene Wittgenstein. En primer lugar, nos dice ella, se trata de la voluntad del filósofo en relación *con la filosofía misma*. La tarea aquí es renunciar a un impulso casi instintivo en filosofía de transgredir los límites del sentido, o como lo pone Faustino, renunciar a «una compulsión volitiva» que nos hace querer aprehender, de una vez por todas, una solución definitiva a un problema. La necesidad que siente el filósofo de luchar siempre contra las limitaciones reales de su condición se manifiesta en sus expectativas de lograr «una visión completa y final» de las cosas, o en una «ansia por la generalidad», o en un «temor frente al caso concreto». La mayor dificultad, apunta Faustino, es cambiar ese «querer» movido por «una desmesurada expectativa teórica». El individuo debe intentar dejar esa necesidad titánica y dedicarse a la simple tarea de arar el lenguaje por partes y poco a poco, sin expectativas de un cierre final, consciente de que el trabajo de la filosofía, igual que la vida cotidiana, está sujeto a las contingencias impredecibles e incontrolables de la existencia concreta.

Pero la voluntad de la que habla Wittgenstein también se refiere al lenguaje en particular, nos dice Faustino. La dificultad aquí se encuentra en nuestros apegos a ciertas expresiones que, como escribe, involucran aspectos volitivos mezclados con ciertos acentos de sensibilidad y de afectividad que forman una especie de *pathos* operativo en nuestras acciones lingüísticas. Y por ser parte de nuestra propia voluntad, estos aspectos son para cada uno de nosotros los más difíciles de ver. El filósofo entonces tiene la labor en este respecto de hacernos conscientes de ellos, proponiendo diferentes perspectivas desde las cuales ver las mismas cosas, no para disolver o deshacernos de los problemas y ver las cosas como son, sino para verlas de otras maneras que ya no planteen los mismos problemas. Los apegos sentimentales que tenemos en nuestras expresiones

son asociativos, es decir, no siguen el camino de la lógica racional sino la lógica de la imagen y de la imaginación. Así, la descripción (la re-presentación perspicua, como la llama Wittgenstein) pretende hacerlos evidentes utilizando el mismo modo o la misma frecuencia de comunicación. Es decir, no la explicación racional sino la descripción imaginativa, la laboriosa tarea de trazar la fisonomía de cada error para evocar en el otro un reconocimiento, una resonancia que le permita identificar su propio error. En este sentido, y aquí hay algo importante, la labor del filósofo se acerca a la del psicoanalista, que depende para la validación de sus descubrimientos de la experiencia misma del paciente. En otras palabras, lo que le interesa al filósofo que está describiendo Wittgenstein no es tanto la verdad de sus afirmaciones, sino su importancia para el sujeto y la forma cómo éstas afectan su conciencia y su actuar real.

La filosofía en este sentido sería entonces una llamada a la medida, un intento de reproporcionar nuestras expectativas que tienden a ignorar las limitaciones naturales de la razón frente a un mundo y a un lenguaje siempre en movimiento, donde la labor filosófica —en contra del embrujo constante del lenguaje, contra su sedimentación y sus falsas analogías— nunca termina. El filósofo aquí nos mantiene siempre conscientes de la pluralidad dinámica y vital de la experiencia y de la limitación de la razón que frente a ella es incapaz de detenerla sin falsificarla.

Es evidente que el método o los métodos de presentación perspicua que Wittgenstein propone —sus comparaciones y analogías, sus deconstrucciones y reconstrucciones imaginativas, su uso de símiles y metáforas— son parte todos de un intento de hacernos conscientes de las patologías que se encuentran anidadas en nuestro lenguaje y que se activan en nuestra actividad filosófica. En otras palabras, que la actividad terapéutica del método wittgensteiniano va mucho más lejos que la mera disolución de problemas falsos, o el esclarecimiento intelectual de confusiones lógicas. Ella pretende ahondar nuestra conciencia de las inclinaciones y propensiones propias contra las cuales debemos permanecer siempre prevenidos.

Me parece que es precisamente esta profundidad la que se hace posible una vez que consideramos, como lo hace Faustino en esta ponencia, el papel esencial de la sensibilidad estética dentro del método propuesto por Wittgenstein en este texto. Quizás es por eso que me sorprende el que Faustino, tal vez haciendo eco de la concepción convencional que sus propias reflexiones parecen cuestionar, diga que Wittgenstein nos enseña que un problema filosófico debe ser visto como algo simplemente producido por una falta de claridad, por un desorden de nuestros conceptos. Algo, por lo tanto, que puede ser perfectamente superado por la simple ordenación de los conceptos. Si lo que hemos estado viendo es cierto, entonces no hay nada simple acerca de esta «ordenación de nuestros conceptos». Y me parece que Faustino misma concede esta

dificultad al insistir al final de su ponencia que cuando Wittgenstein dice que la tarea de la filosofía, tal como él la practica, consiste en hacer desaparecer las inquietudes y los problemas filosóficos de modo que estos últimos se resuelvan sin dejar ningún residuo y terminen disueltos en sentido literal, él no promulga con esas palabras el fin de la filosofía y de sus cuestiones. Y esto porque el trabajo en la filosofía nunca llega al final.

3. Sensibilidad estética

Lo interesante en este cambio metodológico de Wittgenstein es la introducción de elementos en la reflexión que desde el *stablishment* filosófico, en cuyo seno trabajó este filósofo, serían anatema. Pues lo que implica efectivamente clarificar el lenguaje es, como lo pone Faustino, considerar con atención y hacer uso de los recursos expresivos (la multiplicidad de herramientas disponibles para producir o reproducir el sentido, y la abundancia de modalidades de los usos de los signos). Esto explica por qué Wittgenstein no usa términos técnicos que servirían para separar el lenguaje puro del lenguaje ordinario, sino que se interesa en la oscuridad particular del lenguaje ordinario, para, desde este, desde su riqueza y densidad existencial, generar el tipo de conciencia que le parece necesaria para prevenirnos de sus peligros.

Desde la perspectiva que nos pretende estar enseñando Wittgenstein entonces, la labor filosófica tiene un aspecto estético esencial —en el uso frecuente de metáforas y analogías, de imágenes y giros y alegorías lingüísticas que producen impresiones que nos transforman y cambian nuestra forma de ver las cosas. No cambian nada porque estas figuras y estas conexiones solo nos permiten *describir* el mundo y por lo tanto valorarlo y relacionarnos de manera distinta. Sin embargo, tienen el poder de transfigurarlo todo. En este sentido, como dice Faustino en contra de Marx, la filosofía es efectivamente capaz de cambiar el mundo; no a partir de la acción, sino a punta de descripciones. Y estoy por lo tanto de acuerdo con ella en que lo que esto implica es que el filósofo debe ser no solo lógicamente diestro (para poner orden donde no lo hay en el lenguaje ordinario), sino que también debe desarrollar una sensibilidad estética.

Al hablar de gramática y del trabajo de exploración gramatical se hace indispensable esa sensibilidad estética capaz de captar el tipo de *pathos* siempre vinculado al uso del lenguaje, tanto de formas productivas como improductivas. Las descripciones gramaticales, (re-presentaciones perspicuas, como las llama Wittgenstein) logran esto, y lo hacen porque cuando hablamos de gramática estamos hablando

en realidad de una retícula de sentidos y asociaciones de diversos niveles de nuestra conciencia, los cuales están presentes en la significación de nuestras palabras que las descripciones deben hacer patente. Y esta inclusión de la expresividad dentro de nuestra reflexión sobre el lenguaje implica no solo una liberación del interés exclusivo en el significado, («la falacia de la descripción», como lo llamaba Austin), sino que además empieza a incluir lo corporal dentro de nuestra reflexión lingüística. Por supuesto, no me refiero solo a lo corporal-biológico, obviamente, sino, como lo observa Faustino, a lo corporal dentro de la historia natural del hombre, es decir, al cuerpo en sentido antropológico⁷. Y esto podría decirse que es un desarrollo bienvenido dentro de la filosofía analítica y es sorprendente que provenga de un filósofo como Wittgenstein.

4. Acotaciones finales

Hay una expectativa en lo que escribe Faustino de que el filósofo sea capaz de describir desde un lugar absolutamente neutro de la racionalidad, desde un punto de vista en que sus expectativas, valores y voluntad no interfieran. Pero este requerimiento parece contrario al espíritu que hasta el momento habíamos visto en Wittgenstein de traer de vuelta el lenguaje a su contexto ordinario (con seres humanos concretos en vez de ángeles). Tal vez lo que necesitamos es que nuestras descripciones estén conscientes o surjan de una conciencia de nuestras patologías, de nuestras inclinaciones a esas generalizaciones, de esa tendencia a salirnos de los límites de nuestro lenguaje, y que esa conciencia nos otorgue la capacidad de ser lo más «neutrales» posible en nuestras descripciones. Pero quizás no sea la *neutralidad*, sino más bien la *pluralidad* de descripciones lo que nos proporcione la salida de nuestros apegos: no necesariamente una mirada pura y libre de impurezas afectivas. Y esto me parece que no es incompatible con el *desideratum* de Faustino de aspirar a la inocencia del niño, a su espontaneidad, para tomar las cosas como nos impresionan, sin juicios o prejuicios, para comenzar el diálogo desde ahí.

Por otro lado, me parece inspirada la observación que hace Faustino de que la mezcla de imágenes o símiles en Wittgenstein sirve como modo de tocar el universo de valores sin hablar de ellos. No solo porque muestra una dimensión del uso del

⁷ En este sentido Wittgenstein estaría situándose más lejos de Condillac, Locke, Russell y Frege que de Herder y la herencia continental del lenguaje. (Stanley Cavell, en *This New Yet Unapproachable America*, habla de dos ejes en nuestra forma de vida —el etnográfico y el biológico—, ambos activos en la constitución del lenguaje).

lenguaje en Wittgenstein que le otorga a las palabras en la filosofía madura una forma de efectividad y expresividad —un sentido— que le era negada dentro de los conreñimientos de su primera obra; sino además porque muestra que el problema de lo indecible, lejos de haber desaparecido en su obra madura, ha sido asimilado en el reconocimiento de lo que podríamos llamar la sensibilidad o sensualidad del lenguaje, y que lo trascendente por ello ha sido incorporado en alguna medida dentro de lo ordinario⁸.

⁸ De ahí que la filosofía de Wittgenstein, como lo señala Faustino, favorezca el enlace entre la lógica y el arte de la expresión.